



El Año de la Fe



AÑO DE LA FE 2012-2013

«He decidido convocar un Año de la fe. Comenzará el 11 de octubre de 2012, en el cincuenta aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, y terminará en la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, el 24 de noviembre de 2013»¹.

Con estas palabras el Santo Padre Benedicto XVI emprende con toda la Iglesia una apasionante aventura, un gran desafío: «Redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo»².

Cada persona está invitada a recorrer libremente el camino de la fe, poniendo todo el empeño de su inteligencia y de su voluntad para acoger ese don divino. Se trata de vivir la fe en Dios Uno y Trino, que la Iglesia ha conservado, custodiado y transmitido a lo largo de dos mil años. *Profesamos* el “Credo”, herencia que nos han dejado los mismos Apóstoles; *celebramos* los sacramentos tal como lo hacían los primeros cristianos; como ellos, *vivimos* según la ley de Cristo y buscamos construir una sociedad enraizada en los valores del Evangelio; *oramos* como Cristo nos enseñó y esperamos la realización de sus promesas. Nuestra fe católica, al mismo tiempo que es un acto personal (“creo”) se profesa siempre en comunión con la Iglesia (“creemos”) de todos los tiempos y lugares.

Cuando San Pablo empezó a viajar anunciando el Evangelio de Jesucristo se alegró de que, en un momento, “la puerta de la fe” se hubiese abierto también para los griegos³. Hoy en día esa “puerta” sigue abierta para todos a través del Bautismo. El primer sacramento es el inicio de un camino de fe que nos conduce hacia la santidad con el impulso del Espíritu Santo. Inspirado en estas metáforas de la “puerta” y del



“camino”, el Santo Padre ha convocado este Año de la fe a través de una Carta Apostólica titulada precisamente *Porta fidei* (La puerta de la fe).

Redescubriendo el tesoro de la Fe

¿De qué se trata este evento? ¿Por qué lo ha convocado el Santo Padre?

El Papa Benedicto XVI ha propuesto el *Año de la fe* como «una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo»⁴. Debemos «redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada, y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree»⁵. En todas las familias y grupos, parroquias y diócesis, movimientos y comunidades, estamos invitados a interiorizar lo que creemos y a amar al Señor con todo nuestro corazón para poder anunciarlo con alegría, convencimiento y vitalidad.

El *Año de la fe* nos debe animar a anunciar el Evangelio con más valentía, a «dar razón de nuestra esperanza»⁶, asumiendo más radicalmente nuestro compromiso cristiano.

Un mundo lleno de incredulidad

La iniciativa tomada por el Santo Padre al lanzar el Año de la fe se da en un contexto histórico. En nuestra época los valores del Evangelio son con frecuencia negados por amplios sectores de la sociedad «a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas»⁷. La **incredulidad**, que

consiste en menospreciar la verdad revelada o en no querer aceptarla⁸, parece ser una nota característica de muchos ambientes de nuestro mundo.

Enumeremos tan sólo algunas de las corrientes de nuestro tiempo que expresan una falta de fe:

En algunas personas la incredulidad llega al punto de ser un explícito **ateísmo**, es decir, «la negación de la existencia de Dios»⁹. Junto a éste está el **agnosticismo**, por el cual se rechaza «toda verdad absoluta»¹⁰. El agnosticismo ha pasado a ser una fuerte corriente, sobre todo a nivel práctico; lleva a vivir como si Dios no existiera, poniéndolo, en un sentido, entre paréntesis.

Debemos «redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada, y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree»

Como resultado del agnosticismo, las verdades absolutas se comienzan a rechazar. Cuando alguien afirma una verdad revelada por Dios o las consecuencias de esa verdad —que pueden resultar incómodas o difíciles de vivir— se le tacha de “fundamentalismo” o “dogmatismo”. Por lo tanto, relativizar todas las verdades

según la propia conveniencia y gusto parece ser la salida más común en los tiempos actuales. Se va constituyendo una “dictadura del relativismo” que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus antojos¹¹.

En muchos lugares se ve mucha **ignorancia** acerca de la fe. Esto da pie a que el cristiano desprevenido abra sus puertas a una mezcla

de creencias pseudo religiosas, a una especie de espiritualidad “mística” basada en esoterismo y falsas esperanzas.

El **secularismo**, como intento de sacar a Dios de la vida pública, y el **materialismo** también afectan el pensamiento y la vida de muchas personas. Poco a poco se impone una visión superficial de la vida y la búsqueda de respuestas meramente humanas y horizontales, disminuyendo la capacidad de confiar en Dios y su Providencia. Por otro lado, se percibe con fuerza la tendencia a buscar la propia seguridad y felicidad en los bienes terrenos, el confort y el placer.

Pero también debemos considerar, como una de las consecuencias de la incredulidad del hombre contemporáneo, «la reacción crítica contra las religiones, y, ciertamente en algunas zonas del mundo, sobre todo contra la religión cristiana. Por lo cual, en esta génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes, en cuanto que, con el descuido de la educación religiosa, o con la exposición inadecuada de la doctrina, o incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión»¹².

La respuesta de la Iglesia

Ante ese panorama de incredulidad el Papa Benedicto XVI nos exhorta a «intensificar la reflexión sobre la fe para ayudar a todos los creyentes en Cristo a que su adhesión al Evangelio sea más

consciente y vigorosa, sobre todo en un momento de profundo cambio como el que la humanidad está viviendo»¹³. Ese esfuerzo se realiza en el marco de dos grandes acontecimientos: la celebración de los 50 años del Concilio Vaticano II y de los 20 años de la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica*.

El *Año de la fe* comienza en la misma fecha de la inauguración del Concilio Vaticano II¹⁴. Para la Iglesia el Concilio ha sido un momento de renovación en su identidad y misión. Medio siglo después debemos volver a leer, estudiar, interiorizar y aplicar los textos del Concilio, que como decía el Beato Juan Pablo II, «no pierden su valor ni su esplendor». El Vaticano II es «la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza»¹⁵.

Uno de los frutos del Concilio Vaticano II fue, precisamente, la redacción de un nuevo *Catecismo de la Iglesia Católica*, publicado en 1992. En el Catecismo «se pone de manifiesto la riqueza de la enseñanza que la Iglesia ha recibido, custodiado y ofrecido en sus dos mil años de historia. Desde la Sagrada Escritura a los Padres de la Iglesia, de los Maestros de teología a los Santos de todos los siglos, el Catecismo ofrece una memoria permanente de los diferentes modos en que la Iglesia ha meditado sobre la fe y ha progresado en la

El Vaticano II es «la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza».

doctrina, para dar certeza a los creyentes en su vida de fe»¹⁶. En este Año el Catecismo podrá ser un «verdadero instrumento de apoyo a la fe, especialmente para quienes se preocupan por la formación de los cristianos, tan importante en nuestro contexto cultural»¹⁷.

Como hijos de la Iglesia estamos llamados a acoger la invitación del Santo Padre a vivir intensamente este Año de la fe. El estudio, la celebración, la meditación y la vivencia de nuestra fe nos debe llevar a crecer en santidad, para así dar frutos en nuestro servicio y nuestro apostolado.

GUÍA PARA LA ORACIÓN

1. Invocación inicial:

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

2. Preparación:

- Acto de fe en la presencia de Dios.
- Acto de esperanza en la misericordia de Dios.
- Acto de amor al Señor Jesús y a Santa María.

3. Cuerpo:

- Mente:
 - Medito en el en sí del texto.
 - Medito en el en sí-en mí del texto.
- Corazón:
 - Elevo una plegaria buscando adherirme cordialmente a aquello que he descubierto con la mente y abriéndole mi corazón al Señor.
- Acción:
 - Resoluciones concretas.

4. Conclusión:

- Breve acto de agradecimiento y súplica: al Señor Jesús y a Santa María.
- Rezo de la Salve u otra oración mariana.

5. Invocación final:

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

- ¿Cuál es la intención del Santo Padre al proclamar el Año de la fe?
- ¿Cuáles son los desafíos que debemos enfrentar ante el mundo que sufre la falta de fe?
- ¿Qué fue el Concilio Vaticano II? ¿Qué importancia tiene para la Iglesia hoy?
- ¿Cómo puedo estudiar el Catecismo de modo que me ayude a crecer en mi comprensión de la fe que profesamos?

CITAS

¹ S.S. Benedicto XVI, *Porta Fidei*, 4

² S.S. Benedicto XVI, *Porta Fidei*, 2

³ Ver. *Hech* 14,27.

⁴ S.S. Benedicto XVI, *Porta fidei*, 6.

⁵ S.S. Benedicto XVI, *Porta fidei*, 9.

⁶ *1Pe* 3,15.

⁷ S.S. Benedicto XVI, *Porta fidei*, 2.

⁸ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2089.

⁹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2125.

¹⁰ *Gaudium et spes*, 19.

¹¹ Ver Card. Joseph Ratzinger, *Homilía en la Misa Pro eligendo Pontifice*, 18 de abril del 2005.

¹² *Gaudium et spes*, 19.

¹³ S.S. Benedicto XVI, *Porta fidei*, 8.

CITAS PARA LA ORACIÓN

La puerta de la fe se abre para todos: *Hech* 14,27

La fe actúa por el amor: *Gál* 5,6; *Stgo* 2,14-18

La fe se convierte en criterio para nuestra acción: *Rom* 12,2; *Col* 3,9-10; *Ef* 4,20-29; *2Cor* 5,17

María, modelo de fe: *Lc* 1,45